

Cuando uno escribe sobre una persona recientemente fallecida te duele más el desgarró emocional que, lo que se puede llamar, la lógica.

Con ella no quisiera que me pasase ya que esa marcha la intuía hace algunos meses.

Mariví y yo iniciamos una relación laboral intensa desde que accedió a su plaza. Pusimos en marcha la actual biblioteca José Hierro y desde el primer momento sintonizamos en la misma onda. Años de trabajo pero también de momentos de relación más allá de aquél.

Ella era de un rigor extremo en cuanto a su profesión pero también era anarco y libertaria, entendía todo aunque no le gustasen muchas cosas. Era tremendamente amante de las relaciones y de escuchar a todos, y cuánto le gustaba aprender en ese campo laboral pero también como persona.

Tanto le gustaban esas relaciones de amistad que aunque tuviera con ella unos grandes profesionales, si no era posible ser amiga de ellos, no lo consideraba como una relación a mantener.

Cuando estábamos en algunos actos solía decir: “qué buenos somos y qué bonito es todo”, con esta frase, llena de su sarcasmo, mostraba su malestar con la hipocresía que impregna muchos actos: literarios, teatrales, de organización, etcétera.

No quiero extenderme más sin tener un recuerdo para los más próximos que se han quedado aquí, a Pedro y a sus hijos les quería con toda su intensidad de persona, de mujer y de madre.

Mariví se nos ha ido, qué huérfanos nos hemos quedado.

Maldigo la mala suerte. He conocido la gran profesionalidad de dos mujeres y las dos se fueron muy pronto.

Carlos Gil Sanz